

La otredad como parte simbólica de las fronteras entre los países

Rosalba Robles Ortega*
Alfonso Cortazar Martínez**

A las mujeres violentadas de Belice y a las mujeres asesinadas de Guatemala que, al igual que las de Ciudad Juárez, todavía no encuentran salidas dignas a sus situaciones.

Introducción

El estudio de las identidades fronterizas¹ en Ciudad Juárez es un acontecimiento recién abordado 20 años más o menos dentro de los ámbitos académicos. Esto debido a la importancia que tomaron las especificidades de dichas identidades donde ser migrante o nativo, rico o pobre, tener ciertos hábitos culturales o religiosos, se encuentra mediado por las relaciones de poder y la división social del trabajo; suceso a partir del cual se establecen determinadas relaciones sociales, promoviendo y produciendo una interacción constante entre los/as sujetos sociales.

Más allá de pensar que las identidades fronterizas carecen de cultura, y que nacen o se dan de manera espontánea, se hace necesario analizar la forma en que pueden o no ser (pre)construidas y/o (re)construidas² dichas identidades, en y por el contexto geográfico, social y económico específico en el que se vive. En tanto que es a partir de esta trama que se culturaliza, creando nuevas u otras subjetividades, que logran manifestarse y/o re-crearse no sólo en los ámbitos familiares o cercanos, sino en círculos ampliados como son los grupos o colectivos (escuela, iglesia, colonia) en donde las relaciones logran una incidencia local. Por lo

que en este tejido de cosas y casos, de actores-actrices y acciones, de piezas y conjunto, la pregunta obligada es ¿cómo es que se construye y mantiene una identidad fronteriza?

Es necesario entonces, hablar de la complejidad del espacio, estructuras y actores sociales que dan lugar a la construcción de nuevas identidades culturales fronterizas que surgen en un doble sentido en tanto que produce a dichas identidades, y a la vez ésta —la complejidad— es reproducida precisamente por dichas identidades creadas. De ahí la preocupación por reflexionar parte de esta complejidad, pero también y sobre todo intentar comprenderla en aras de una mejor y mayor productividad de relaciones sociales menos presionadas.

Se da por supuesto que la comprensión de la conformación de identidades fronterizas y su intervención en la comunidad no sólo requieren del análisis académico, sino también de un trabajo de reflexión que nos lleve a una interpretación sobre lo que es posible observar de las diversas identidades fronterizas. Por esta razón, el presente trabajo pretende hacer un recuento descriptivo y en parte etnográfico, de algunas de las diferencias y similitudes que pudimos apreciar y observar durante los viajes realizados a los dos paí-

* Candidata a Doctora en Ciencias Sociales. Académica del Programa de Licenciatura en Sociología del ICESA de la UACJ

** Doctor en Economía. Académico del Programa de Licenciatura en Economía del ICESA de la UACJ.

ses situados en la frontera sur de México: Guatemala y Belice, fronteras tan lejanas y disímolas como lo pueden ser la de México-Estados Unidos de América (EUA).

En esta ocasión, no es nuestra intención detallar las formas y contenidos de los pueblos visitados, sino que la pretensión es abordar el primer enfrentamiento como una primera parte que encuentran quienes salen de su país para visitar otro, en forma legal; esa parte recepcional, motivadora de encuentros y desencuentros con realidades que, se sepa o no de su existencia, están ahí, independientemente de quién vaya a ellas y tenga la ocasión para vivirlas.

Lo conocido

Para quienes vivimos en esta parte de la frontera norte de México, limítrofe con los Estados Unidos de América, como lo es Ciudad Juárez, nos es común conocer y realizar el proceso de cruce por tierra, el cual se lleva a cabo para poder trasladarnos de nuestro país a ese otro, en este caso, de México a EUA; más concretamente, de Ciudad Juárez, Chihuahua a El Paso, Texas. Sin embargo, y precisamente por encontrarnos en esta parte del país —el norte son pocas las ocasiones en que tenemos la posibilidad de realizar el cruce de la misma

forma —en automóvil— por la frontera sur de México con los países de Centroamérica, como lo son Guatemala y/o Belice.

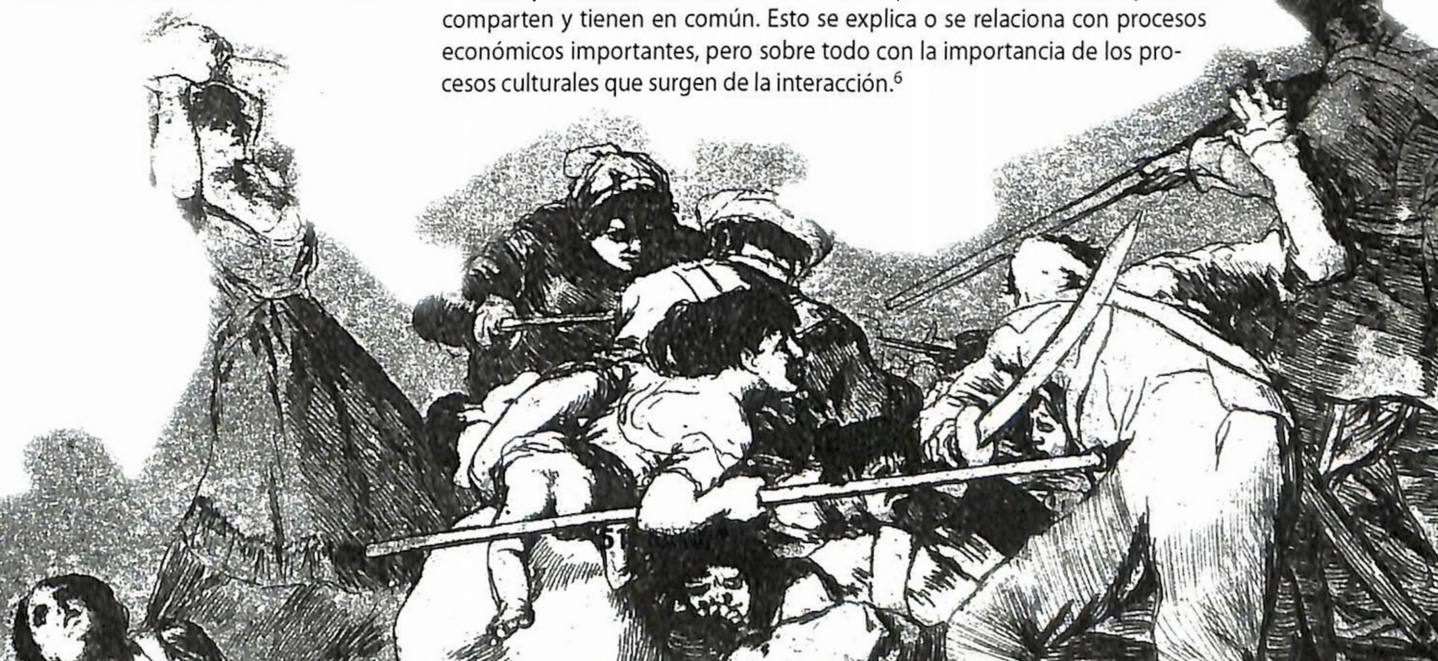
Etablar una comparación entre un cruce y otro (con el norte y con el sur) nos lleva a resaltar las diferencias existentes, tal y como es posible de observar en cada uno de los países que hacen de fronteras dentro del plano geográfico. De ahí que las experiencias vividas no sólo habrían de ser gratas en términos de (re)conocer otras ciudades, otras personas y observar una cultura semejante a la nuestra, sobre todo, a la del sur de México. Pero además resulta importante que para quienes, por vivir y venir de la frontera norte de México, no desconozcamos el proceso general de cruce en la frontera sur y las diferencias que existen en relación con lo que es la tramitación usual de cruce en esta frontera norteña.

Tener la posibilidad de visitar la frontera sur de México con Guatemala y Belice nos lleva a varias reflexiones de lo que representa ser “el norte” o “el sur”, vivir en el desarrollo o subdesarrollo, tener de vecino al primer mundo o al tercer mundo.³ Por esta razón las preguntas que nos fueron surgiendo a través de la travesía entre México, Guatemala y Belice son: ¿Cómo se establecen las relaciones entre una frontera y otra de y con México y sus habitantes? ¿Cuál es la idea que se construye del “otr@”, en y entre estos países relacionados?

Para responder estas cuestiones, diremos que es conocido y/o reconocido por muchas personas que las diferencias existentes entre el norte y el sur son radicales, principalmente en la construcción de las relaciones sociales y las identidades que se establecen entre un país y otro; pero aún entre México y Guatemala y una parte de Belice (los cuales aparentan tener grandes similitudes por tratarse de países subdesarrollados con una economía, una cultura e idioma similares) existen notables diferencias, aunque en ocasiones parecieran desdibujarse a partir de considerarnos semejantes (latinoamericanos, subdesarrollados, étnicos).

Así, las formas en que se establecen las relaciones de interacción con una frontera y con otra, tienen que ver con el concepto que se crea de cada uno de los países y sus habitantes, igual que de las dinámicas de vida cotidiana o de traslado que se desarrollan sobre y en un primer mundo, a la vez que también se presentan sobre y en un tercer mundo. Es ahí en donde se establece una diferencia importante que se relaciona y tiene que ver con el cómo construimos al “otr@”,⁴ en cómo vemos a quienes llegan y/o son de otro lugar (colonizados/colonizadores)⁵ y que pertenecen a “otro mundo”, aún pensando —como ya lo mencionamos arriba— en lo que México, Guatemala y Belice comparten y tienen en común. Esto se explica o se relaciona con procesos económicos importantes, pero sobre todo con la importancia de los procesos culturales que surgen de la interacción.⁶

Y son fieras (detalle). Aguafuerte, aguatinta bruñida y punta seca.



De esta forma, podemos decir que existe una similitud geográfica entre ambas fronteras: hay un río que divide las fronteras norte/sur de México (el Bravo entre México-Estados Unidos, el Usumacinta entre México-Guatemala y el Hondo entre México-Belice). En cambio, hay una gran diferencia entre una frontera y otras en infraestructura, de atención al público, de recursos humanos capacitados, de abordaje migratorio y de información para poder transitar entre cada una de estas fronteras con México. En tanto que lo mencionado presenta un gran déficit en los cruces de las fronteras de México con Guatemala y Belice, en el caso de México-Estados Unidos se vuelve un despliegue de recursos, lo cual resulta abrumador. Para llegar a comprender esta observación, es necesario que analicemos algunos de los factores que provocan que esto se desarrolle de esa manera.

La primera característica de los EUA es que está identificado como el país más rico del orbe, por lo que una diferencia que podemos mencionar en cuanto a infraestructura es la cantidad de puentes que existen para el cruce entre ambos países en esta frontera norte (hasta esta fecha, se contaba con cuatro puertos en activo entre el Municipio Juárez y el Condado de El Paso: Santa Fe, Zaragoza, Córdova (Libre) y San Jerónimo). Esto es una muestra clara de un despliegue de recursos económicos y políticos, promovida por parte de los EUA, tanto para conservar-detentar una poderosa infraestructura al servicio de las necesidades y transacciones de una población binacional, como para controlar su ingreso a este país.

Se puede decir entonces, que existe un cruce y una división clara gracias a una infraestructura urbana expresada en la creación de puentes debidamente funcionales y operativizados, los cuales han sido construidos para dar servicio y respuesta a un tráfico pesado y continuo de mercancías de todo tipo, de personas que cruzan en autos y también en relación al gran número de gente que pasa los puentes caminando diariamente, como lo es en el caso de Ciudad Juárez.

A la vez, en cada uno de los puentes se cuenta con varias garitas de revisión de documentos —permisos, pasaportes o visa fronteriza— para quienes viajan en vehículos o caminando y que pretenden cruzar la frontera. También se cuenta con al menos una oficina de migración y/o naturalización donde se llevan a cabo algunos de los trámites de cruce para quienes desean ingresar y permanecer por más tiempo del permitido en los EUA, ya sea por medio de permisos de internación para quienes viajan del interior del país, o para las personas locales que desean tener una estancia mayor a las 72 horas permitidas con visa láser y que vivimos en la frontera. Esto entre otros muchos trámites que se pueden llevar a cabo en las oficinas mencionadas.

Dentro de esta infraestructura anotada se encuentra el despliegue de recursos humanos con el que se cuenta en estos puntos de cruce y el cual es de suma importancia, tanto en las garitas migratorias como en las oficinas, contar con el personal necesario y "capacitado" para promover y en muchas otras ocasiones impedir el cruce de gente que viene de México —e inclusive de otros países— a EUA.

Esto es un proceso que podríamos llamar autogestivo por parte de los inmigrantes, a la vez que de vigilancia y control de internamiento hacia ese país por las autoridades correspondientes; de aquí se deriva que exista una vigilancia, un control, una atención e información permanente para el proceso de cruce ya sea de día o de noche (incluidos los días festivos). Aquí se hace pertinente una aclaración: todo esto es para cruzar de Ciudad Juárez a El Paso, no así de El Paso a Ciudad Juárez, lo que se relaciona con una subalteridad ⁷ que existe sobre quienes somos colonizados y quienes son colonizadores.

Un viaje de ida

Lo opuesto al cruce de México-EUA es el cruce de México a Guatemala. Concretamente el de Ciudad Hidalgo a Tecún Umán; parece que más que existir un puente o cualquier tipo de infraestructura divisoria entre un país y otro, se presenta una especie de calle prolongada, como único indicio del cruce internacional. Lo que podría ser puerto de entrada-salida por encontrarse de por medio el río Usumacinta bajo la estructura del "puente". Éste se desdibuja por la falta infraestructural adecuada y la ausencia de un equipamiento material y humano. A la vez, se observa un hacinamiento de viviendas que se han construido a orillas del río y bajo la moldura de la calle-puente. Y aunque una pequeña oficina y la única garita del lado mexicano indiquen que finaliza México para dar comienzo a otro país que es el de Guatemala, pareciera ser que dicha localidad (Ciudad Hidalgo) tiene

continuación con la otra (Tecún Umán, o viceversa).

De esta manera, cuando se llega a la parte de Guatemala, quien migra se encuentra en una pequeña oficina con no más de seis empleados en algunas ventanillas de trámites a realizar para el cruce, pero donde por ningún lado es posible encontrar o localizar la información y/o atención escrita y expuesta claramente al público o al migrante, la cual indique cuáles son los pasos a seguir para quienes ingresamos por primera vez, o para quienes de alguna forma desconocen el procedimiento de ingreso a ese país que es Guatemala. Esto provoca que quienes no son locales o que tengan que pasar por vez primera por vía terrestre, nos veamos guiados e informados por algunas personas (sólo varones) que se hacen llamar "tramitadores" y que portan gafetes de identificación ilegibles, los cuales insisten y persisten agobiando al migrante que desea pasar, ofreciendo sus servicios hasta que logran ser empleados en una labor por la cual cobran un "pago voluntario" extraoficial de 10 a 20 quetzales por trámite.

De tal forma que, a quienes pretendemos internar-

nos en Guatemala, nos "evitan" el trabajo de andar de una ventanilla a otra preguntando e informándonos sobre cómo y dónde se llevan a cabo los trámites para el cruce, por lo cual, al final del trámite, el "tramitador" hace un virtual arrebato que varía entre los 20 y los 50 dólares (según el presupuesto o lo espléndido de las personas auxiliadas), mismo que al parecer es compartido con la persona que dio las indicaciones y que atiende alguna de las ventanillas en la que se expide el permiso de internación y la boleta de pago para fumigar el vehículo en que se transporte la persona visitante. También hay que "agradecer monetariamente" a los "cuidadores" del estacionamiento (el que no se sabe exactamente dónde empieza y dónde termina).

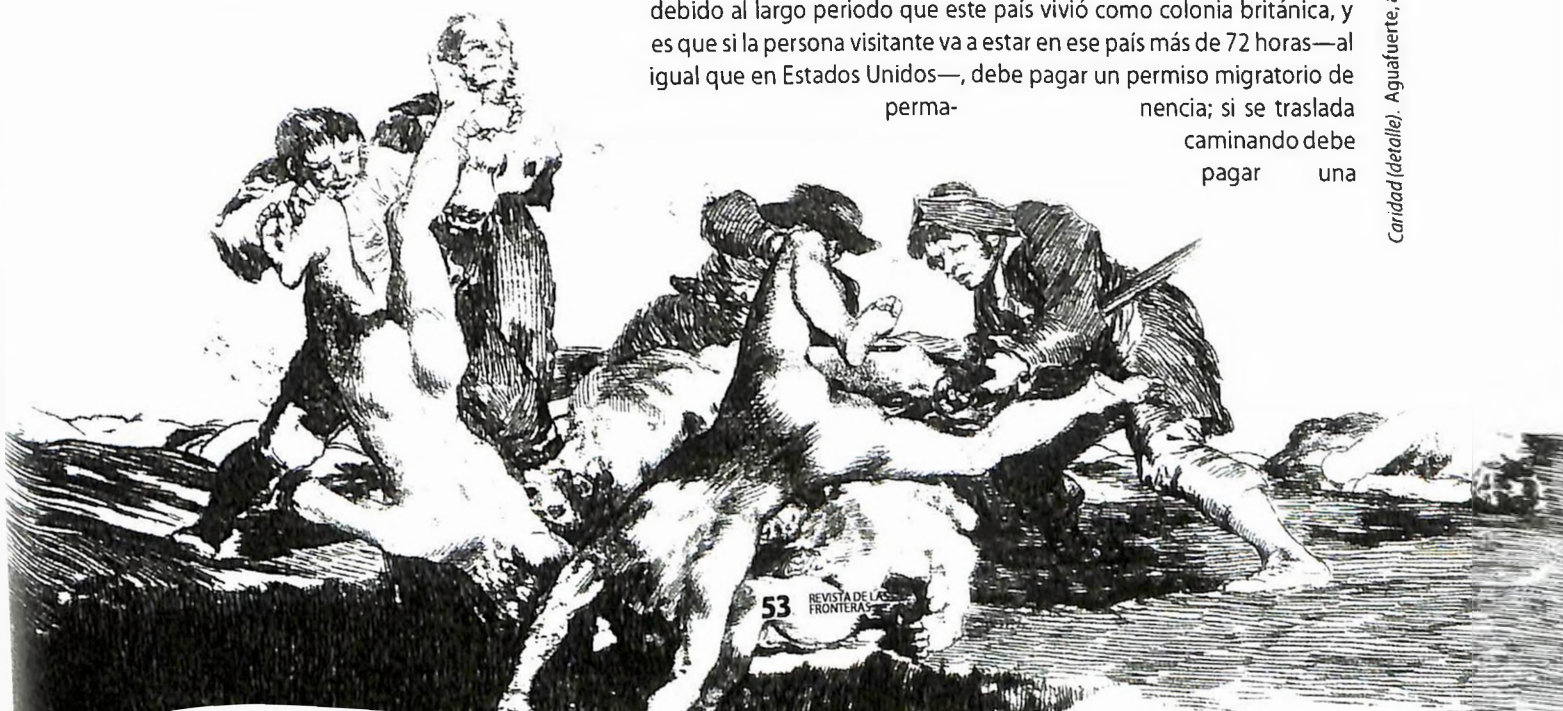
En el cruce, antes y después de estar en Guatemala, es posible encontrar en las calles una alta proliferación de "cambistas", llamadas así las personas que se dedican a cambiar pesos, dólares "americanos" o quetzales ante cualquiera de los requerimientos. Debido a que Guatemala mantiene una paridad constante de un quetzal por un dólar, el peso llevado a cualquiera de estas dos monedas se intercambia al tipo de cambio vigente en ese momento del peso frente al dólar. Esto podría considerarse una ventaja económica de este país, sin embargo, ésta no se ve reflejada en el espacio ni en su gente.

En lo que se refiere a la frontera México-Belice, el cruce se hace atravesando los poblados colindantes de SubTeniente López (del lado mexicano) y Santa Elena (en la parte beliceña), ambos poblados separados por una calle ancha que hace las veces de puente.

Se puede llegar a la localidad recepcional inmediata de Belice que corresponde a la zona libre comercial —una zona tipo la del centro de El Paso—, sin necesidad de algún trámite migratorio, pasando por el puente construido sobre el río Hondo. Sin embargo, quien pretenda visitar otra área fuera de la zona cercada hacia el interior de Belice —como puede ser Corozal— debe tramitar su ingreso y salida en las oficinas migratorias respectivas localizadas en Santa Elena del lado beliceño.

Al igual que en la frontera con Guatemala, en Belice no hay ninguna exposición de información escrita visible que indique al visitante lo que tiene que hacer para efectuar la internación, aquí no se ve la presencia de los "tramitadores" acosando al migrante y la atención del personal del servicio migratorio es bastante aceptable, para quienes realizan el cruce.

La primera orientación oral es proporcionada en el idioma inglés debido al largo periodo que este país vivió como colonia británica, y es que si la persona visitante va a estar en ese país más de 72 horas—al igual que en Estados Unidos—, debe pagar un permiso migratorio de permancia; si se traslada caminando debe pagar una



Caridad (detalle). Aguafuerte, aguada, punta seca, escoplo y bruñidor

cuota por peaje; si viaja en vehículo particular extranjero ha de pagar por la fumigación del mismo y el peaje.

Los “cambistas” se encuentran antes de pasar el área de control migratorio y se pueden comunicar en español, inglés o dialog (una especie de “pochismo” beliceño, el cual hace incomprensible tanto el inglés como el español). Las monedas que intercambian son pesos, dólares “americanos” y dólares “beliceños”, en el interior del país el cambio de moneda se puede realizar en casas de cambio establecidas o bien en los bancos.

Es importante decir que a diferencia de Guatemala, una gran parte de la población en este país es de origen africano, aunque la etnicidad compartida con Guatemala y México también es importante por corresponder toda esa zona a la cultura maya. El componente poblacional ahí se ve conformado por una diversidad cultural, aunque eminentemente —por el tamaño del país y otros factores— es más notoria dicha diversidad en Estados Unidos de Norteamérica, que la que puede existir en México, Guatemala o Belice.

Todas éstas son características generales físicas y humanas que los juarenses —y demás personas— podemos encontrar y contrastar cuando realizamos los cruces de las fronteras norte y sur de México. Sin embargo, el encuentro con el “otro@”, tanto en el norte como en el sur, se encuentra mediado por otro

tipo de sutilezas que son más complicadas de percibir y describir, en tanto que son subjetividades creadas con una identidad que poco nos favorece en términos de que siempre se observa lo que nos separa, lo que nos hace diferentes, lo que no somos.

Un viaje de vuelta

Tomando en consideración los encuentros descritos, esto nos hace pensar en que la otredad es, en términos psicológicos, esa construcción que hacemos desde la primera infancia cuando descubrimos que nuestra madre es alguien más fuera de nosotr@s y que, por lo tanto no estamos integrad@s a ella. Este descubrimiento marca el sentido de que todas las personas son l@s otr@s.

Sin embargo, social, económica y culturalmente también podemos decir que la otredad es construida de forma consciente a partir de la reflexión que hacemos desde nosotros mismos, sobre las diferentes formas en que establecemos nuestra relación e interacción para con los/as otros, los/as diferentes. Por esta razón el “otro/a” se construye de la práctica y el sentido que le damos y le aplicamos a las personas que pertenecen a otra familia, a otra comunidad, a otro territorio, a otra cultura, a otra religión, a otro sistema político, a otro idioma, esto entre otras cosas, todos estos signos distintivos que componen el mundo de lo simbólico (Bourdieu, 1997) y por lo cual “tod@s somos otr@s para otr@s”.

Por eso, quienes ingresamos a otro país no nada más cruzamos una línea divisoria —sea ésta geográfica, simbólica o estructurada— que poco o mucho nos puede diferenciar de quienes se encuentran al otro lado de ella, sino que nos encontramos en un lugar al cual se ingresa en calidad de “otr@”, en cuanto a extraño, extranjero, diferente. Si a esto se le agrega la calidad bajo la cual se ingresa en cuanto a dominante/dominado, colonizador/colonizado, visitante/visitado: la marca de lo diferente se agudiza. Esto lo explica G. Canclini cuando declara: “Toda cultura ordena los elementos que la componen en un sistema compacto, en el que cada elemento posee sentido en relación con los otr@s y según su posición en el sistema, y no puede ser cambiado sin generar alteraciones en el conjunto”.

Podemos explicar un poco lo anterior si hablamos de que vivir en la alteridad (ser otr@), representa también ocupar un lugar de dominado por existir una subordinación por parte de quienes somos diferentes, aunque no necesariamente las resistencias se encuentren totalmente acalladas, por concebir una identidad que sólo se exprese en relación con lo que no se es. Por esta razón, las fronteras geográficas representan sitios de paso que promueven la creación de identidades fugaces, las cuales aprenden y desaprenden en función de lo que “no son”, como las subjetividades desplazadas que constantemente son excluidas. Esto es algo de lo que sucede cuando cruzamos una frontera, con una identidad (re)creada desde el lugar concreto en el que nos ubicamos frente a esos otros/as.

Y aunque, tal vez, esta sería una razón para quienes de alguna manera dan un trato diferenciado de colonizadores (los estadounidenses) y optan por una

actitud semejante por pertenecer a un país desarrollado, hacia quienes estamos o vivimos en otro país que se encuentra en vías de desarrollo, la situación no cambia por parte de quienes pertenecemos a países en vías de desarrollo, como es el caso de México, Guatemala y Belice, pues nos seguimos pensando colonizados/colonizadores en términos de la diferencia hacia los otr@s, por lo que entre nosotros mismos no sólo adoptamos una actitud de diferencia simbólica, sino de otredad construida en la que la subordinación tiene niveles.

Cosas para seguir pensando

Las entradas y salidas a y de Guatemala y Belice fueron algo extrañas y algunos visitantes compartimos la sensación, primero, del acoso por parte de los "tramitadores guatemaltecos" quienes no permiten que los migrantes experimenten y/o busquen por sí mismos la información necesaria para realizar los trámites necesarios de ingreso al país en cuestión (con la posibilidad de que, al experimentar, se incurra en errores que impidan la entrada/salida del país visitado). En realidad, puede pensarse que es una cuestión fácil o sin mucha complicación en términos de que existe una experiencia previa sobre realizar un cruce internacional —el del norte del país— como se mencionó en otro momento.

Sin embargo esa primera experiencia nos lleva a realizar comparaciones entre un país y otro, donde la percepción de la diferencia entre norte y sur se vuelve tangible, real, práctica, y la cual se pensaría que, al tener el mismo idioma México, Guatemala y Belice, la comunicación no se vería excesivamente interrumpida por interferencias de traducción entre los interlocutores (migrantes-tramitadores), pero además porque el condicionamiento de latinos y países en desarrollo, podría ayudar a no poner tantas barreras en la percepción del "otr@", como el extraño, el extranjero, el intruso.

Un "otro" que por no ser yo, es un diferente, diverso, no obstante que es posible observar algunas características físicas compartidas (sobre todo de guatemaltecos y mexicanos) entre los pueblos mencionados, entre los que pueden figurar los ojos rasgados, el color de la piel básicamente morena, una estatura promedio baja o media mayormente, sólo por mencionar algunas. Aún así, la línea geográfica divisoria es sólo una primera barrera para la entrada al país visitado y el lugar en donde comienza la experiencia de ser el "otr@", porque los procesos socio-económico-culturales podrán ser similares, pero tanto unos como otros nos reconocemos diferentes. Y es que, en el caso de la frontera con el norte, en ese cruce continuo que realizamos hemos ido "naturalizando" y "desdibujando" el ser otr@s.

¹ Las identidades fronterizas son abordadas en este trabajo como las subjetividades que se construyen a partir de un espacio geográfico específico, pero también bajo ciertas relaciones sociales donde se da una interacción "binacional" que actúa en ir y venir de sujetos y factores como son los medios masivos de comunicación, mercancías, modas, lenguaje, actitudes, entre otros.

² Los paréntesis que señalan el prefijo en algunas de las palabras están puestos para propiciar el doble sentido en que se construye una palabra con una significación diferente.

³ Aquí no se pretende desarrollar una polémica sobre los aspectos conceptuales que hacen y caracterizan los términos utilizados; más bien se trata de dar la idea económica de situaciones cotidianas en "países del primer mundo" y en "países del tercer mundo".

⁴ Para R. Rosaldo (1993) el "otro" significa un sujeto diferente, extraño, ajeno, pero con una cultura, es un signo a interpretar, por esta razón se vuelve objeto de interés aunque como sujeto sea invisible por la condición de subalterno que guarda.

⁵ Según H. Domínguez (2002) este concepto se asocia a la forma en cómo se reduce la resistencia de los sujetos considerados "extraños", tratando de suprimir esa extrañeza (el ser otro/a) por medio de una "normalización" o "aculturamiento" en una dinámica de vida determinada, en la que la subordinación corresponde a éstos que son diversos/diferentes a las formas de vida que prevalecen.

⁶ Una interacción que García Canclini (1989) define como "desterritorialización" la cual se sucede debido a los cruces intensos de ideas y códigos culturales que logran la inestabilidad de las tradiciones y el cuestionamiento de los valores llegando a ser fuente de prejuicios y enfrentamientos para quienes pertenecen a la periferia.

⁷ Es importante insistir en que la subalteridad está referida, no sólo a la condición de vida que proporciona el ser "otro/a", sino también al de tener la posición de dominado, a pesar de que exista una resistencia a esta dominación, según H. Domínguez (2002).

Lo merecía (detalle). Aguafuerte, punta seca, escoplo y bruñidor

